

Las cenizas del tiempo



Eduardo Quiles

Las cenizas del tiempo

Diario de un secuestro

EDITORIAL
UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE VALÈNCIA

Edición:

Editorial Universitat Politècnica de València

© Eduardo Quiles

Editorial Universitat Politècnica de València

Distribución: tel. 963 877 012

www.lalibreria.upv.es

Código editorial: 2073

ISBN: 978-84-9048-280-3

Depósito legal: V-278-2015

Coordinación de la edición:

David Pérez

Área de Actividades Culturales de la UPV

Diseño y maquetación:

Hugo Ligorit

Impresión:

Laimprenta CG

Impreso en España

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra debe ser realizada con la autorización de sus titulares.



Impreso en papel 100% reciclable

*A la Historia:
fuente del conocimiento humano*



Antígona: ¿Cómo hubiera podido alcanzar gloria más célebre que dando sepultura a mi propio hermano?

Sófocles

La imaginación no inventaba, era la memoria quien llevaba el grano a moler.

Manuel Azaña



Ignoro qué fuerza me hace ir en busca de un pasado que dejé olvidado en un diario que nunca debí escribir y a cuya lectura temo que la memoria remonte el vuelo y amplíe con su evocación el contenido del mismo. Por fortuna, cuando voy a fijar la vista en sus primeros renglones, logro apartar mis ojos de sus páginas de dolor y niebla, menos hoy.

25 de octubre de 1940

Dentro de poco, ¿cuál será la hora cero?, debo en plena contienda mundial incorporarme a un comando para secuestrar a Azaña. El plan se diseña en Vichy por el embajador José Félix de Lequerica, cerebro de la operación, pues es la tercera intentona y no podemos fallar. Ahora doy vueltas por el lecho, sin poder conciliar el sueño. No se oye un alma por los pasillos del Hôtel de France. También el pueblo de Montauban está tan dormido como los cipreses de su cementerio. Hace bien

poco dejó mi cama Víctor Aura, el oficial de la Embajada de México a quien en su día se me ordenó seducir para obtener información y adelantarnos a los planes de los mexicanos que tratan de proteger a Azaña y llevárselo a su embajada en Vichy, por eso lo tienen alojado en la primera planta del Hôtel du Midi, declarada territorio bajo responsabilidad mexicana. También ondea en el balcón principal la bandera tricolor de México. Los hombres de Lázaro Cárdenas sin duda juegan a la picaresca, aunque no se saldrán con la suya. No tengo alma de espía, tampoco soy una puta y seducir a Víctor me ha dejado hecha un crucigrama de emociones. Respiro. Estoy enamorada de ese hombre, ¿cómo pudo suceder? Debo de estar loca, ese infierno de bombas sobre Madrid, ese noviembre de terror y asedio debió de traumatizarme; pero Víctor me ha robado el corazón. Yo me entregué a él siguiendo instrucciones, con las rejas de la cárcel de mi hermano dibujadas en la mente. Hay que proteger las flaquezas del corazón. El teniente es un hombre atractivo y tierno, aunque debía utilizarlo como un objeto. Ahora, cuando el mundo se desmorona hecho pedazos, caigo en una pasión que no logro controlar y que me desborda. ¿A dónde he llegado? Ni siquiera sirvió repetirme a mí misma una y otra vez cuando estoy a su lado que no soy una colegiala en su primera relación de amor. Debo ser consciente en todo momento de la causa que me trajo a Francia. Por otra parte, los que me cono-

cen bien dicen que poseo un olfato especial acerca de lo que cocina el futuro en el fogón del tiempo. Era una joven en flor cuando se tambaleaba la monarquía y la llegada de la República llenó mi mente antes de hora de figuras espectrales vagando sin rumbo frente a un horizonte de sangre. El augurio se cumplió. Fue un error que el Frente Popular ganara las elecciones. Se veía venir: estalló una contienda que enfrentó a ciudadanos de un mismo país. Y aquí estoy yo ahora, divagando. Lo importante es seguir el plan con rigor, sacar a Azaña del hotel, introducirlo en la ambulancia y salir zumbando en dirección a la frontera de Hendaya. Yo no tengo nada contra el expresidente, no soy su enemiga, no luché contra la República, tampoco la apoyé. Nunca colaboré con el Auxilio Social de Mercedes Sanz ni con la Sección Femenina de Pilar Primo de Rivera. Nada me une a tan poderosas mujeres. Pero tampoco tengo nada que ver con Pasionaria ni con Federica Montseny. Odio la guerra, todas las guerras, y más esta, los españoles enfrentados unos con otros por su forma de ver el mundo. Y al pensar en mi hermano caigo en una crisis de la que cuesta salir. Su única carta recibida desde la cárcel me rompió el corazón: “No he tenido suerte en el juicio. Arriba España. Viva Franco”. Esas líneas pudieron ser escritas por tu mano, pero son ajenas a tu mente y corazón. Ramón se pasaba el tiempo pegado a la sombra del líder socialista Julián Besteiro, del que fue su alumno

y luego ayudante en la universidad y en la lucha política. Yo soy distinta a Ramón, nunca me gustó sentirme atada y que me dijeran cómo y por dónde debía volar. Pero sé por qué estoy en esto. Mi hermano Ramón está en la cárcel de Las Ventas condenado a muerte y me dicen que todavía hay fusilamientos en el cementerio de la Almudena, que está a dos pasos de la cárcel. Me cuesta asumir la ignominia de esa realidad. Él está solo, nuestros padres murieron en Madrid durante un bombardeo. ¿Quién moverá un dedo para liberarlo? Ten confianza, cielo, yo te alejaré de tus verdugos. Para ello debo hacer méritos, disfrazarme de hombre, de policía francés, de lo que haga falta y trabajar unida a un equipo de secuestradores que detesto. Hay que conseguir al precio que fuere que Azaña aparezca en la Puerta del Sol. El autócrata lo quiere vivo en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, pues allí irá.

Dado que no pude eludir la lectura del diario y comencé casi por sus últimas páginas, al menos rectifico y leo desde el principio...

1 de noviembre de 1939

Lo admito. Desconozco el motivo, pero de un tiempo a esta parte las vivencias de los bombardeos sufridos en Madrid son tema recurrente en mis sueños. La Guerra

Civil me dejó anímicamente destrozada. Rehuyo evocar sus vivencias de horror, pero el inicio de los bombardeos de ese aciago 8 de noviembre de 1936 me tiene atrapada como un pulpo. Así empezó el castigo aéreo a Madrid. Dos días después bombas incendiarias lanzadas también por aviones de la Legión Cóndor convertían los edificios de la ciudad en teas humeantes. La gente corría despavorida a refugiarse en el metro más cercano. Por primera vez en la historia, que yo sepa, la aviación bombardeaba a indefensos civiles. Honor a la Luftwaffe. ¿Sería condecorada por el Führer? Por otro lado, la ciudad en llamas servía de guía a los bombarderos de la noche. Y de mañana ni siquiera la Gran Vía se libró de las bombas ni la Plaza de España de los obuses de la artillería de los nacionales. En cualquier momento la figura ecuestre de don Quijote podía saltar por los aires. ¿Cabía mayor irracionalidad? No hacía cuatro meses que los conspiradores se habían rebelado y ya habían cercado Madrid y la destrozaban por tierra y aire. ¿Por qué destruir? Estamos ante la lógica de la guerra, la miopía política, la ineptitud, la intolerancia, las ambiciones desatadas, qué sé yo. Era mi ciudad la maltratada, pero no mi guerra, pues pese a todas los avatares, en el interior de mí misma seguía siendo apolítica. No solo me era indiferente la política, sino que la detestaba. Las bombas habían segado la vida de mis padres. ¿Para qué seguir?

El pensamiento iba por un lado y mis pasos por otro. Me advierto hurgando en uno de los cajones de un canterano buscando un librito con poemas de Juan Ramón Jiménez, que mamá gustaba de leer y mis dedos tropiezan con un documento, en realidad una simple hoja con un sello de una institución castrense. Es el texto de la condena de Ramón. Lo leí varias veces sin dar crédito a que esas líneas guardaran relación con mi hermano. Y hoy, de nuevo un temblor de lágrimas apenas permite ver los renglones... *Por el supuesto delito de rebelión... Envenenando a las masas con sus concepciones anarquizantes... Resultando que el Ministerio fiscal ha calificado los hechos realizados por el procesado como constitutivos de un delito de adhesión a la rebelión militar... fallamos que debemos condenar y condenamos a Ramón Oliver García a la pena de muerte... Madrid a 10 de julio de 1939.*

Estoy desolada. Pese a que hace siete meses que acabó la Guerra Civil y todo son especulaciones sobre qué le va a ocurrir a Ramón. Debo evitar que lo maten, pero ¿cómo? ¿A quién recurrir? De su mejor amigo, Miguel Funes, no hay noticias. Unos dicen que está en el exilio; otros, que cayó de los primeros cuando los nacionales entraron en Madrid. Me resisto a creer en su muerte, Ramón lo necesita, era su amigo, el amigo, ese ser entrañable que a veces se nos cruza en la vida como un obsequio de la providencia, un ser cuyas afinidades mutuas hacen pensar

que dimos con la óptima trinchera para hacer frente a los zarpazos de la desdicha. Qué puede la soledad contra el baluarte de una sólida amistad. De modo que Miguel no puede estar con una bala en la cabeza en este osario sin límites que hoy es el país. Parece que lo tengo delante, y apenas ha transcurrido un año, Miguel Funes está en mi casa. Le preocupa Ramón. “Besteiro, murmura, está llevando a tu hermano a una realidad social que solo existe en su cabeza”. Hace una pausa, Miguel es de mediana estatura, corpulento, más bien bajo, está pálido, respira agitado. “Besteiro, añade, se nos pone estupendo, marca las diferencias, el catedrático de Lógica es un ilógico en la estrategia política a seguir, y lo malo es que Ramón solo ve la realidad a través de sus ojos. Créeme, Tina, una cosa son sus clases magistrales en el aula, su oratoria en el parlamento y otra la actitud que un líder socialista debe adoptar ante una sublevación militar que puede acabar con el progreso social y humano que sueña la República. Prieto y Largo Caballero, pese a sus antagonismos, coinciden en un punto: don Julián se construyó un limbo que le impide ver la crisis histórica en que estamos inmersos, es una guerra civil, Tina, y nuestro expresidente socialista y de la UGT parece que no se ha enterado. Para mí que él solo es un liberal, respetabilísimo, pero ni torcerá el curso de la guerra ni cambiará el mundo. Yo lo tengo claro, ¿dónde fue bautizado políticamente? En el Partido Radical. ¿Qué

vio en Lerroux? Siento decírtelo, Tina, pero don Julián le está haciendo mucho daño a tu hermano. El distinguido profesor no las ve venir y Ramón va con él dando palos de ciego”.

Ramón, siempre Ramón, es un año mayor que yo, pero llegué al mundo con su voz, su rostro, su aliento, nuestros juegos, es algo más que una prolongación de mi sombra, de mi existencia, no concibo el vivir sin él, todo mi ser gira en torno suyo, el amigo, el confidente, mi referente, la persona que más admiro, tan leal, solidario. Todo él vuelve una vez más a ocupar mi mente. Tengo dudas sobre la fecha, ¿era el otoño de 1934? Ramón llega a nuestra casa de la calle Goya, su forma brusca de entrar me pone en alerta, se retuerce las manos, el rostro aparece lívido. “¿Puede saberse de dónde vienes?”. “Del Viso, me enfrenté a mis propios compañeros de las juventudes socialistas. Les dije de todo, que de vivir Pablo Iglesias los despreciaría. ¿Cómo se atrevían a silbar al profesor Besteiro y tirar piedras a su casa? Era cosa de locos. Apedrear a la autoridad moral del partido. ¿Quién podía hacerle sombra? ¿Acaso Largo Caballero, Prieto, Fernando de los Ríos, Negrín? ¿Tal vez Araquistáin?”. Cuando logra apaciguarse, me toma de la mano, me lleva al salón y junto a un alto ventanal que da al exterior, susurra: “Besteiro no cree en la dictadura del proletariado, ni que movimiento obrero alguno pueda hacer las reformas de esta España

que está en el furgón de cola de Europa. Él respeta a la clase obrera, la siente muy cerca, está con ellos, siempre estuvo, pero el papel de transformar el país cree que corresponde a la clase ilustrada, a la burguesía”. Hizo una pausa, y añadió entre dientes: “Yo también lo creo”.

Con lentitud, sus cabellos, ojos, mejillas, mentón, todo él desaparece de mi vista y en su lugar surgen los barrotes de una cárcel y al otro lado una sombra amenazada que lo espera todo de mi persona. ¿A quién recurrir? Solo alguien adicto al nuevo Régimen e influyente puede evitar la muerte de Ramón. Pienso en mi amiga Hortensia Blanco, estudiamos juntas en el Liceo. Hortensia tiene contactos en el ámbito femenino del Régimen. Debo telefonarla.

2 de noviembre

No puedo dejar de pensar en la muerte de mis padres, pues sin duda la adversidad halló un confort de lujo en nuestra familia. El tío Lorenzo, hermano de mamá, profesor de derecho internacional estaba preocupado por un colega belga con quien le unía gran amistad. El belga acababa de llegar a Madrid enrolado en las Brigadas Internacionales y lo citaba en la Escuela de Arquitectura donde Pasionaria se disponía a darles la bienvenida. Qué fecha más aciaga. Era domingo. Cómo olvidarlo, 15 de noviembre de 1936, justo cuando llovían bombas sobre el

norte de Madrid, tío Lorenzo en su auto y con mis padres en el interior, se dirigía hacia esa dirección. Ignoro cómo les convenció para que lo acompañaran. Aún no habían alcanzado la zona de las universidades cuando una bomba estalló cerca del coche que salió despedido de la calzada hecho un revoltijo de chatarra y carne humana. Un amigo psicólogo aconseja que no corte de un tajo esos instantes de dolor y, dada mi inclinación por escribir, sugiere que plasme mi pesadumbre en el papel. Mi padre era librero y editor, eligió esa actividad por su amor a los libros, nunca hizo mal a nadie, y mamá era maestra, la mejor de las tareas, decía, trabajo con inteligencias humanas. Ya no están, tampoco tío Lorenzo, ¿y qué habrá sido de su amigo el brigadista? Dejarlo todo, esposa, hijos, país, trabajo, para luchar por una idea política. Nunca llegaré a entenderlo como tampoco comprendo esta guerra nuestra. Estoy de acuerdo con Besteiro: los españoles nos estamos asesinando de una manera irracional. Pensar en el autor de esta frase implica dar paso en la memoria a Miguel Funes. Hasta oigo el sonido del timbre de la puerta y le veo irrumpir en el pasillo con su habitual desasosiego, aunque no viene solo. Lo acompaña su primo Eugenio de Arema. Lleva unas rosas blancas en la mano, ofrece las flores con ojos de enamorado pese a desviar de inmediato la mirada. En Eugenio no solo destaca su introversión, su estatura, más bien baja y el rostro fino con un mechón

de pelo ondulado sobre la frente. Además, apenas habla cuando está delante de mí, a lo sumo balbucea. Solo que esta vez, ante mi sorpresa, se adelanta para besar mi mejilla y susurrar: “Las rosas son por tu cumpleaños, Tina, felicidades”. Y turbado, retrocede hasta la puerta, inclina la cabeza y sale. Al quedarnos solos, leo un reproche en la mirada de Miguel Funes.

—No es porque sea mi primo, Tina, pero está loco por ti y tú ni caso.

Hizo un mohín de contrariedad, luego pellizcó la mejilla, movió las manos, rezongó:

—Sí, ya sé que mi primo es de la aristocracia y que en teoría debería estar más cerca de Miguel Maura que de Largo Caballero, pero no creas, es como tú, le importa un cuerno la lucha política.

Bajó la cabeza, entrecruzó los dedos, pensativo. Al momento hizo un gesto de sorpresa.

—Qué desmemoriado, olvidé que era tu cumpleaños. Ya ves, a los enamorados no les pasa.

Se aproximó, rozó la cara con sus labios y como si hubiera saldado una deuda, respiró con alivio y se mantuvo callado. Solo que poco a poco sufría una transformación. Le vi ponerse tenso, la expresión abrumada. Volvía a ser el Miguel Funes de los últimos tiempos. Y de repente se excusó, alegó tener un problema que resolver y lo vi buscar la puerta con la vista turbia.

—Tú venías a decirme algo, Miguel.

Al oír la alusión, posó en mi semblante unos ojos de desasosiego. Entonces con un ademán lo invité a pasar al salón donde redacto el diario. Me siguió a regañadientes, como un perro obligado a obedecer. A mi vez ocupé mi silla junto al canterano, giré el cuerpo, lo busqué con la mirada. Su exasperación le impulsaba a ir de un lado a otro de la estancia, con las manos en los bolsillos, la cabeza inclinada, dispuesto a liberar la desazón que soportaba.

“Definitivamente, dijo al fin, Besteiro colonizó el cerebro de tu hermano. El profesor desea que se acabe la guerra ya, de un plumazo, don Julián sueña con el armisticio, ¡el árbitro de la paz! ¿Acaso piensa que los enemigos de la República lo van a recibir con los brazos abiertos? Si fuera por él entregaría hoy mismo Madrid. Y ha entrado en contacto con el profesor Antonio Luna García, que sospechamos es un agente de los sublevados. La animadversión de Besteiro por Negrín y su manía a los comunistas complica las cosas. Hay un rumor de que Besteiro junto con el coronel Casado preparan algo gordo, no sé, todo es posible en el ilógico profesor. Además, cada día tiene aspecto de estar más sonado. Y yo le hablo a Ramón, le informo sobre los desatinos de Besteiro y ¿crees que me escucha?”.

Miguel detiene la zancada, extrae un pañuelo, enjuga el sudor de la sien, rememora algo, lo aparta de la mente, y ocupa un diván y a distancia me observa,

moviendo la cabeza, tal es su impotencia ante el cariz de los acontecimientos.

3 de noviembre

Vuelve a mi mente la necrológica que el *El Sol* publicó sobre papá. El titular rezaba: José Oliver, librero. En la reseña, además de informar que había fallecido José Oliver Fonseca víctima de un bombardeo en la Ciudad Universitaria, se recordaba su origen valenciano. Respecto a su librería, no solo era de las más antiguas de Madrid, sino que a veces su trastienda se convertía en lugar para tertulias improvisadas de conocidos personajes ateneístas como don Ramón del Valle-Inclán. También se hablaba del editor Oliver, pues solía imprimir con esmero títulos de narrativa y ensayo que a él le apasionaban. Era habitual en las ferias del libro de Madrid y en su caseta firmaban escritores de diversas ideologías siempre que la calidad de sus obras los avalara. José Oliver, concluía el rotativo, era un liberal, un humanista, y su pérdida empobrecía el ámbito de la cultura.

4 de noviembre

Mientras deambulo por el Paseo del Prado, orillando el Jardín Botánico, me digo que debo visitar a Hortensia y

sin embargo una fuerza interior frena el impulso. Al iniciarse la guerra quedamos huérfanos. Fue un mazazo, pero debía sobreponerme y tratar de recuperar la libertad de Ramón. Ahora él solo me tenía a mí. Y yo debo mantener la mente en continuo equilibrio. Sé dónde me encuentro, el lugar, la fecha, el horario de cierre del jardín, y estoy dando un postrer paseo bajo unos tilos del Botánico con un periódico en la mano, que acabo de comprar. Paso una página tras otra con los ojos entornados, percibo un semillero de titulares y un mar de letras más diminutas. No me interesa lo que diga la prensa, la radio, el Diario Hablado. La noticia que espero la redacto con sangre del corazón durante mis noches de insomnio: Ramón, liberado. Entonces ¿para qué adquirir la prensa? Sé por qué tengo las manos crispadas sobre un periódico: es un anzuelo de la esperanza, soy víctima de mi propia ilusión. ¿Por qué no puede aparecer la foto con una líneas al pie que digan “Ramón Oliver en el momento de salir de la cárcel de Las Ventas?”. Entorno los párpados, apenas percibo dos siluetas de hombres a toda página. ¿Un centinela de la libertad que abre la puerta a un preso? ¿Y por qué no? Vamos, abre de una maldita vez los ojos, observa la foto del periódico. Obedezco a esa desconocida que desde un tiempo, y evocando al poeta, parece ir conmigo a todos lados. La foto estalla en mis retinas, el texto al pie no puede ser más explícito: “El ilustre escultor don Mariano Benlliure está

haciendo un busto al heroico general Millán Astray. El escultor da los últimos toques a su magnífica obra”.

Fluye el tiempo. Se asoma una noche sin fulgor de estrellas. No sé que hago inmóvil junto a la fuente de Neptuno. ¿Espero a alguien? ¿Me citaron aquí? No, nadie me aguarda, sigue pues vagando en manos de la incertidumbre. Llego a Cibeles y subo por Alcalá. ¿Es un anocheecer de un Madrid melancólico en el que me extravió o es mi estado de ánimo quien inventa un itinerario de brumas mientras callejeo? Estoy detenida ante los escaparates de unos almacenes. ¿Recuerdas? Quien calcula compra en Sepu. Lo repite la radio a todas horas, pero ¿cuándo, en qué fechas? Debería seguir la consigna y distraer las tardes buscando trapos por las tiendas de moda. Rebaso la Plaza Callao, giro a la derecha y al poco estoy ante la cartelera del Teatro Lara. Creo que ahora es oportuna mi ubicación. El drama ofrece conflictos humanos y mientras los vives aparcas el tuyo propio. Alzo la mirada, leo el título de la obra: *La venganza de don Mendo*, de Muñoz Seca, protagonizada por Aurora Redondo y Valeriano León. ¡Dos horas y media de risas!, reza la publicidad de la sala. Hoy no podría sonreír, quizá mañana.

Más tarde deambulo con la mirada en el asfalto por la calle Goya, freno el paso junto a un edificio con un perfil arquitectónico ecléctico, con sus miradores de madera y balconadas ofreciéndose al ojo del transeúnte. Y ya en la

vivienda, altos techos, amplias estancias, anaqueles con libros por doquier, el despacho de papá, la mecedora de mamá que parece aguardarla. Se respira ausencia, antaño este era un hogar de paz, de diálogo, un espacio de intercambio de ideas como debería haber sido el país, hoy el inmueble es una gran jaula acribillada de soledad. Ahogo un suspiro y paso a la cocina donde improviso una cena de dieta: ensalada de espárragos, tortilla a la francesa y yogur con galletas. Y ya a punto de acostarme, cuando voy a apagar la lámpara de la mesita de noche, tengo un presentimiento, brinco de la cama, busco un tanto crispada el periódico y regreso al lecho. Bajo la colcha, recostada la cabeza sobre un par de almohadones, fijo los ojos en una foto del diario donde aparecen dos mujeres que captan por entero mi atención. Leo a continuación el texto del pie de foto: “Mercedes Sanz con Mrs. Weddell, embajadora de Estados Unidos, en la reunión en la embajada celebrada ayer para constituir el Comité de Mujeres Americanas Amigas de España”.

Luego de leer la reseña al menos sé qué pasos debo dar mañana.

5 de noviembre

En estado de duermevela, sin poder borrar de la mente a Ramón. ¿Qué hará ahora entre rejas? ¿Podrá pegar ojo

en un colchón de pulgas pensando que puede ser fusilado de un momento a otro? Miguel tiene razón, su fidelidad a Julián Besteiro lo ha perdido. Y ato cabos. Y viene al pensamiento una noche de pesadilla justo cuando me disponía a ir a la cama. En ese instante me golpeó el relámpago de un augurio y tuve el presentimiento de que algo grave ocurría y me dio por oír Unión Radio de Madrid. Imposible olvidar la fecha: 7 de marzo, 23 horas. ¡Dios mío! Han transcurrido ocho meses y la voz por las ondas, como un eco vuelve martillar mis tímpanos. “Se ha constituido un Consejo Nacional de Defensa, que se hace cargo de la situación general de la zona, olvidada a su suerte por el gobierno que preside el doctor Negrín. Este organismo supremo está presidido por el excelentísimo señor Segismundo Casado, en representación del Ejército Popular, don Julián Besteiro...”. No podía creerlo, ¡un golpe! La República se daba un golpe a sí misma. No, no es posible, qué mundo es este, en qué país de dementes me tocó vivir, qué gentes lo habitan, y qué locura colectiva les empujó a una lucha fratricida. De seguido abrieron la puerta del piso, era Ramón, desaliñado, el pelo revuelto. Avanzó hacia mí, aunque temblaban sus manos, su cara irradiaba una luz de esperanza.

“Tranquila, Tina, dijo, no te inquietes, el profesor Besteiro y el coronel Casado saben lo que se hacen, Negrín, ¡vaya socialista!, y los comunistas nos llevaban a la bancarrota. Se imponía alzarse contra nuestro gobierno. Está

todo bajo control, el Palacio de Comunicaciones, Ministerio de la Guerra, otros Ministerios, incluso Unión Radio ya es nuestra. Ahora vamos a calmarnos, hermanita, tomar un café y esperar, pues dentro de unas horas don Julián hablará por la radio”.

Y al fin, de madrugada, se oyó por la radio a Besteiro, la voz emocionada. Estábamos Ramón y yo en el salón, con solo una lámpara encendida, sentados en un diván, las manos juntas. Él asentía, vehemente, de vez en vez a los enunciados de su maestro. Respecto a mí, no sabía qué pensar, me caía de sueño, intuía que la República no estaba para nuevos alzamientos y de forma inconsciente me negaba a entrar en esa dimensión de la realidad plagada de enigmas, de túneles de difícil salida. Las palabras de Besteiro entraban en mí, rebotaban, salían no sé adónde, se dispersaban... “El gobierno del señor Negrín, tapando unas veces la verdad con sus verdades a medias y con sus propuestas capciosas, no podía esperar otra cosa que ganar tiempo... Y esa política no podría tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la situación internacional podía desencadenar una conflagración de catastróficas consecuencias...”.

Hice un gesto, no quería seguir escuchándole, pero Ramón con enérgico ademán me inmovilizó.

“Yo os hablo para deciros que cuando se pierde, es cuando hay que demostrar, individuos y nacionalidades,

el valor que se posee. Se puede perder, pero con honradez y dignamente, sin negar su fe, anonadados por la desgracia. Yo os digo que una victoria moral de ese género vale mil veces más que una victoria material lograda a fuerza de claudicaciones y vilipendios”.

Terminada su alocución, se oyó llorar a Besteiro. Ramón, tal era su identificación con el profesor de Lógica, lloró a su vez, y su llanto se mezcló con otra voz que surgía por las ondas: “Os habla Cipriano Mera, antaño albañil, hoy general del Ejército Popular, la derrota sufrida por el ejército en Cataluña fue absurda e inexplicable...”.

No soporté más la situación, me alcé y ante la mirada de estupor de mi hermano, apagué la radio.

6 de noviembre

Es un atardecer con lluvia y bajo un paraguas acudo a la cita que Hortensia me dio ayer por teléfono. Ella vive en la calle Covarrubias, cerca de la Glorieta de Chamberí. Es un piso oscuro, de largos pasillos. Estamos en una salita decorada con gusto, tomando té con pastas. Antes que pueda abrir la boca y exponerle mi problema, frunce el ceño y parlotea como una cacatúa. “Ya estarás enterada del escándalo que dio Mercedes con su boda. Debió guardarle más luto a Onésimo, tampoco debió enamorarse de ese jovenzuelo por muy guapo y ayudante que hubiera

sido de Onésimo Redondo”. Cesa de hablar, gira el cuerpo hacia un mueble bajo con libros, de un cajón extrae un tarjetón con líneas impresas. Hortensia lee en un susurro, sin dar crédito a aquellos renglones:

“Javier Martínez Bedoya y Mercedes Sanz Bachiller tienen el placer de invitarles a su boda que se celebrará el día 3 de noviembre de 1939 en...”.

Intento en vano cambiarle el discurso, centrarla en la situación carcelaria y crítica de mi hermano, pero es muy obstinada con sus temas y no hay quien pare su verborrea. Deposita con desdén la invitación de boda en el mueble y añade:

—Se lo está poniendo fácil a Pilar, incluso me lo ha confesado Marichu de la Mora, ¿la conoces, no? Sí, mujer, no hay nadie más próxima a la hermana de José Antonio. Tú sabes la lucha sorda de ambas por el poder. La Sección Femenina y Auxilio Social no se podían ver, claro, y ganó Pilar con la fusión y yo también salí perjudicada. ¿Por qué pones esa cara? Sigues en tu burbuja, como en el Liceo. Y aquí me tienes a mí, ¡qué situación, Dios mío! Yo admiro y respeto a Mercedes, pero figúrate, en su viudez y con tres niños pequeños, se nos embarca en una boda...”.

Hace una pausa, ofrece más café, lo paladea, echa la cabeza hacia atrás, pellizca el lóbulo de su oreja. Su semblante se ha endurecido, también sus ademanes, más

Para seguir leyendo haga click aquí